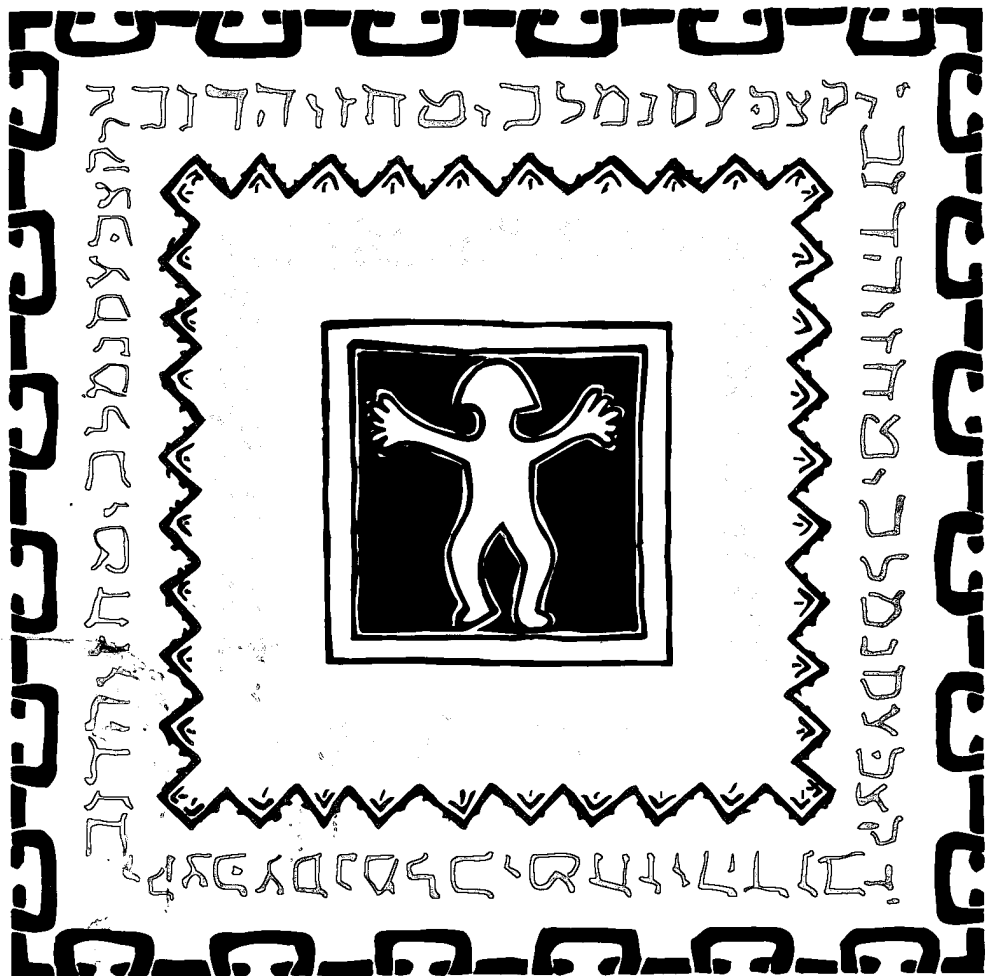


Antonio Duplá, Piedad Frías e Iban Zaldúa (eds.)

OCCIDENTE Y EL OTRO: Una historia de miedo y rechazo



Edita

Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz

Diseño y Maquetación

Centro de Diseño del Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz

Diseño de portada

Silvia Martín

Imprime

Gráficas Santamaría, S.A. - Bekolarra, 4

Depósito Legal: VI- 86/96

I.S.B.N. 84-87645-47-X

La mirada atónita. El indio frente al blanco

Miguel Argibay
(HEGOA)

*...no me levanto del sueño adormilado,
no lo veo en sueños, no estoy soñando.*

MOCTEZUMA

Introducción Dificultades y métodos para reconstruir una mirada ajena y distante

Explicar cómo se vivió el encuentro entre indios y blancos desde el punto de vista de los primeros resulta una tarea muy complicada. Es prácticamente imposible imaginar qué sentimientos, qué ideas, qué formas de aceptación o negación del otro se dibujaron en los ojos de los indígenas de América ante la insólita presencia del hombre blanco.

Si siempre resulta difícil la reconstrucción histórica por la distancia temporal que nos separa de los hechos, más aún cuando debemos sumar a ésta el obstáculo de la distancia cultural que media entre nosotros y los amerindios que, a fines del siglo XV, asistieron atónitos a la llegada de los europeos a sus tierras.

En la mayor parte de los casos, nuestras fuentes de información provienen de las versiones que los propios occidentales dieron del encuentro. Estas fuentes llevan implícita la distorsión de la mirada, la tergiversación voluntaria o involuntaria de los hechos, e incluso los equívocos generados por el desconocimiento del *otro* y sus signos.

Los primeros indígenas americanos que entraron en contacto con **Colón** pertenecían a culturas ágrafas, por lo que sólo conocemos lo ocurrido a través de las narraciones de testigos presenciales como el propio **Colón**, el padre **Las Casas** o **Michele de Cuneo**. Sus versiones de los nativos son muy contradictorias, presentándolos a veces feroces, a veces bucólicos. Tanto ellos como los lugares que habitaban eran vistos en ocasiones como parte del paraíso terrenal y en otras como seres y espacios infernales.

Los encuentros posteriores que los europeos sostuvieron con culturas que recogían el devenir o sus tradiciones mediante escritos o descripciones pictográficas, permitió que llegaran hasta nosotros muchos testimonios directos de los propios amerindios. Aquí parecería resuelta nuestra dificultad. Sin embargo, la mayor parte de estos documentos nos llegan a través de traducciones o interpretaciones que realizaron misioneros y cronistas españoles.

Por ejemplo, las gentes de Tlatelolco narraron su visión de la conquista a **Fray Bernardino de Sahagún** en lengua náhuatl. Puede que la traducción de **Sahagún** sea fiable, pero dudamos mucho de que tuviera un dominio perfecto de los significados de las palabras y símbolos mexicas. Junto al *códice Florentino* donde se recogen los textos de los informantes de **Sahagún**, podemos mencionar otras fuentes como las crónicas mayas de **Chac Xulub Chen** o los libros sagrados de **Chilam Balam** o la *Nueva crónica y buen gobierno del Indio Peruano* escrita a fines del siglo XVI en la lengua de Castilla por el indio **Guaman Poma de Ayala**.

A partir de la narración de hechos y acciones que describen tales textos sabemos con bastante precisión cuál fue el comportamiento de los indígenas ante los conquistadores y podemos deducir cómo vieron a sus extraños visitantes. Utilizando con prudencia las crónicas indígenas y europeas, y también la mirada actual de distintas comunidades indias sobre el hombre blanco y la cultura occidental, intentaremos comprender y reconstruir la percepción que los amerindios tuvieron del *otro*.

La diferencia esencial

A fines del siglo XV, para romper el cerco a que los sometía el Islam, los reinos cristianos iniciaron la intrépida navegación de todos los mares hasta entonces desconocidos. Nadie sabía a ciencia cierta cómo era la tierra. La cartografía era deficiente y los portulanos de época señalaban lo desconocido dibujando la presencia de seres míticos y amenazadores.

Cada vez que soltaban amarras, los marinos se encomendaban a Dios y se estremecían ante el mar inmenso al que suponían, no sin razón, plagado de peligros.

La expedición de **Cristóbal Colón** se adentra en el mar Atlántico, dejando atrás todas las rutas conocidas y la tranquilizadora visión de las costas europeas o africanas; corrían enormes riesgos en su viaje. No estaban seguros del camino ni de lo que iban a encontrar. Quizás el mundo terminaba en un abismo, tal vez la tempestad o un monstruo marino los podía hacer naufragar. Tal vez, la empinada cuesta hacia el pezón de la tierra se podía subir pero no permitía el regreso...

A pesar de todos los temores y dificultades, Occidente utilizó todos sus recursos técnicos, políticos y financieros en empresas que descubrieran nuevas rutas para acceder a distintas fuentes de riqueza y a pueblos lejanos con los que ya habían comerciado en otros tiempos. Muchas incógnitas se les planteaban a los navegantes, pero habían emprendido el viaje por propia voluntad y con el objetivo de dar con el reino del Gran Khan. Esperaban ver gente de la que ya tenían noticias.

Aún así, fue una sorpresa para los europeos topar con las islas del Caribe o con el continente americano. Nada respondía exactamente a lo que esperaban encontrar, pero en medio de la confusión de la novedad hallada, seguían sabiendo con claridad qué era lo que buscaban.

Para los habitantes de la América precolombina la situación era radicalmente distinta. El continente había permanecido aislado, protegido durante milenios por los océanos que lo circundan. Lo que se sabe de la navegación del Caribe o del Pacífico es poco, y en todo caso parece tratarse de un uso de embarcaciones precarias, ligado a la pesca y a los viajes cortos en los que no se perdía de vista la tierra firme. Muchas de las culturas prehispánicas de América mantenían contactos entre sí, por lo que podemos decir que ya tenían una clara noción de la existencia del *otro*. Pero nunca habían presenciado la llegada de una humanidad que habitara más allá de los horizontes de los dos océanos. Tampoco se tienen noticias de que los amerindios se aventuraran a navegar hasta el naciente o el poniente.

Thor Heyerdal, entre otros, supone que egipcios o polinesios o budistas chinos pudieron llegar a América; y también intentó demostrar que con las barcas de Totora los quechua-aymara podían cruzar el Pacífico. Sin embargo, demostrar que es posible viajar no quiere decir que se haya viajado y mucho menos significa que, en el supuesto de que se hubieran llevado a cabo, dichos viajes fueran regulares.

También se supone que vikingos, vascos y británicos descubrieron América persiguiendo ballenas y atunes o fletán por los mares de Terranova. Aún admitiendo que esto hubiera ocurrido, la noticia en todo caso tendría validez exclusivamente para los marinos del viejo continente. En América su impacto y su influencia fué nulo, como el que hubiera podido tener en la España de 1492 el desembarco de un grupo de esquimales en Finlandia. Mientras nadie demuestre lo contrario, se puede afirmar taxativamente que los habitantes del Nuevo Continente no sabían de la existencia ni mantenían contactos regulares con pueblos de allende los mares.

Aunque las sociedades indígenas conocieran su entorno a la perfección, no tenían una representación del conjunto del planeta ni tampoco de la forma y

dimensiones de todo el continente americano. Para los amerindios su tierra era el mundo, mientras que los europeos sabían que sus territorios eran sólo una parte de la tierra.

Para los europeos el encuentro podía resultar insólito, sorprendente o exótico, pero respondía a sus necesidades y objetivos. Ellos tenían voluntad de encontrar al *otro*. Como dice **Todorov**,

el hecho de que son los españoles los que han cruzado el océano para encontrar a los indios, y no a la inversa, anuncia ya el resultado del encuentro...

Para los pobladores del Nuevo Mundo, el encuentro con el “otro” además de insólito y exótico, fue totalmente inesperado e incomprensible. No podían siquiera sospechar que otros seres humanos fueran a llegar. No pudieron prepararse para comprender a *otro* que no esperaban y del que ni siquiera concebían su existencia. Para los indios fue muy difícil interpretar a los advenedizos, descifrar sus claves culturales y anticipar sus intenciones.

Además, si era complicado entender qué hacían estos nuevos seres en sus dominios, mucho más imprevisible era que el fenómeno se fuera a repetir y que habrían de venir más y más invasores. ¡Lo que había ocurrido por primera vez en 50.000 años tendría ahora un ritmo anual!

Para los indígenas todo esto fue un cataclismo, un accidente cósmico imposible de interpretar. Un hecho increíble, probablemente pasajero como un mal sueño. Pero **Moctezuma**, como otros nativos, intuye que éste no es un sueño, sino una realidad amenazadora.

Los amerindios no salieron a buscar otras tierras, no rompieron su aislamiento por propia voluntad, no esperaban a ningún *alter ego* salido del horizonte. No pudieron, por tanto, prepararse para comprender a *otro* que ignoraban que fuese a aparecer. Fue un prodigio que no había ocurrido nunca, por lo que resultaba imposible de prever y de integrar en sus cosmogonías. La diferencia esencial entre conquistadores y conquistados radica en estos aspectos, casi opuestos, de las culturas y las vivencias de uno y otro grupo humano.

Las diferentes reacciones

Si, en los contactos iniciales, los españoles quedaron impresionados, los indios sufrieron, sin duda, un choque brutal, un mazazo de perplejidad, un sentimiento de extrañeza radical: las primeras reacciones de cualquier ser humano ante lo inesperado suelen ser la curiosidad y la sorpresa.

Basándose en las crónicas de los descubridores, **Josefina Oliva de Coll** (1974, p.16) nos dice que los primeros indígenas, al ver el prodigio de la casa flotante, se acercaron a la nave del almirante llenos de curiosidad. También **Moctezuma** deja testimonio de su sorpresa y desconcierto cuando en el séptimo presagio dice: *—¿No sabéis lo que he visto? ¡Unas como personas que están en pie y agitándose!...* (Cronistas Indígenas, 1972, p. 17) Lo que, en realidad, no expresa una premonición sino el asombro ante las noticias fidedignas que sus súbditos le traían sobre embarcaciones y gentes extrañas vistas en sus dominios. Algunos emisarios vuelven a palacio para contar que han visto los barcos y los barbudos en el mar, diciendo: *Le diremos que hemos visto cosa muy digna de asombro. ¡Nunca cosa así se vió!*. (**Todorov**, 1987, p. 84).

Mucho más tarde, en las costas del Pacífico, se recibiría con la misma curiosidad y extrañeza la presencia de los europeos. Según relata el **Inca Garcilaso de la Vega**: *a Huaina Capac (...), estando en los reales palacios de Tumipampa, le llegaron nuevas que gentes extrañas y nunca jamás vistas en aquellas tierras andaban en un navío por la costa de su imperio.* (Cronistas indígenas, 1972, p.134). La sorpresa y la falta de datos hacen que los amerindios tuvieran una mirada incauta, absorta, incapaz de interpretar lo que se representaba ante sus ojos.

Tanto a ellos, como a las gentes extrañas que llegaban les resultaba muy difícil la comunicación e interpretación del *otro*. Comenta el propio **Colón** que: *... la gente de estas tierras no me entiende ni yo (a ellos), muchas veces les entiendo una cosa por otra... ni fio mucho de ellos, porque muchas veces han probado de fugir.* (**J. Oliva de Coll**, 1974, p.16). Los malentendidos son muy frecuentes: *Al revés entendían lo que por señas los indios les hablaban.* (**Las Casas** citado en **T. Todorov** 1987, p. 39).

En ocasiones, el almirante cree que las gentes de las canoas festeja su llegada alzando los brazos y dando alaridos. Sólo cuando ve empalidecer a su intérprete comprende que no es alegría, actitud que se confirma cuando los nativos abandonan los remos para tomar sus arcos. Otras veces son los españoles los que intentan convencer con buenos modales y provocar el acercamiento con palabras supuestamente adecuadas y ven, en respuesta, cómo las gentes huyen despavoridas.

Los indios no tenían por qué suponer que estos seres surgidos del mar se iban a quedar en sus tierras y hacerse dueños de ellas: *Ante los ojos de los indios, probablemente perplejos, y sin preocuparse nada de ellos, Colón hace levantar un acta* (**T. Todorov**, 1987, p. 37). Toma posesión de las tierras en nombre de los reyes de Castilla, a través de unos actos rituales, de formalismos jurídicos que los indios no entienden y cuyo alcance no pueden adivinar.

A los indígenas que se acercan a las carabelas para curiosar la extraña casa flotante, **Colón** los embarca junto a otras rarezas como los papagayos y madejas de algodón. Para sus familias, la desaparición de los curiosos tiene que haber ayudado a construir una imagen de terror, misterio y agresión. A estas experiencias nefastas se suman otras que nos relatan crónicas indígenas populares:

A su llegada nosotros les llevamos presentes con la intención de mantenerlos contentos, para que no entrasen en toda la extensión de la tierra. Desde el primer momento, ellos dieron la vuelta y tres veces devastaron la tierra ...

...van ataviados de hierro, van relumbrando. Por esto se les vió con gran temor, van infundiendo espanto en todo, son muy espantosos, son horrendos. Poniendo gran temor y espanto por donde quiera que pasaban, hasta que la nueva de la destrucción llegó a toda la tierra, y las gentes admiradas de oír cosas tan nuevas.

(**Cronistas indígenas**, 1972)

La destrucción y la imagen de ferocidad no responde únicamente al armamento o a la habilidad guerrera de los invasores, sino también al mero contacto con los europeos, que producía muertes masivas:

Entonces se difundió la epidemia: tos, granos ardientes que queman.

(*Ibid: Informantes de Sahagún*)

*...haciendo grandes males y daños a los indios, pidiéndoles oro y plata, quitándoles sus vestidos y su comida; los cuales se espantaron por ver gente nueva nunca vista y así se escondían y se huían de los cristianos. (*Ibid: Huaman Poma*)*

Aquí constatamos que la visión que los indios tenían de los invasores no era en general muy prometedora. Cuando llegaron ellos comenzaron todas las catástrofes. Los pueblos, la naturaleza, la gente, todo es destruido al paso de estos seres relumbrantes y, para colmo de males, no se sabe exactamente qué pretenden, por qué se irritan.

Sólo después de conocer las consecuencias de sus actitudes ingenuas o generosas comenzaron a dibujar al *otro* como mensajero del horror, de la destrucción, de la negación del *Yo* indígena. A partir de aquí, los comportamientos comienzan a diversificarse, se adopta la huida como defensa, probablemente con la íntima esperanza de que el *otro* amenazador y excluyente no retorne.

Desde el principio, ante la llegada de los barcos europeos, se producen huídas de la población local hacia el interior de las islas, hacia las selvas o las montañas. Así por ejemplo, relata **Michele de Cúneo**, que viajaba con **Colón**:

El 17 de Febrero de 1495 embarcamos quinientos cincuenta de los mejores hombres y mujeres (indígenas...al resto) dimos permiso de ir donde quisieran. Había entre ellos muchas mujeres con niños de pecho; temiendo que volviesen por ellas y como querían huir de nosotros, dejaban a los niños dondequiera en el suelo y huían como personas desesperadas; algunas fueron tan lejos que a los seis o siete días estaban más allá de las montañas y allende inmensos ríos...

(**T. Todorov**, op. cit. p. 55)

El occidental relata con naturalidad pues, para él, embarcar es asunto de rutina. Se sorprende de que la gente huya despavorida. Sin duda, las personas que huyeron veían el embarque hacia lo desconocido como el preámbulo del horror y de la muerte. Tal debía ser la certeza que, para asegurar sus vidas, eran capaces de abandonar a sus hijos. No se equivocaron. Gran parte de los embarcados murieron de enfermedad y fueron arrojados al mar.

Colón relata otro encuentro donde: ...*dieron todos a huir que ni grande ni chico quedó*. Esas primeras huídas, esas migraciones forzadas se repitieron en islas y continente durante 500 años. Sin embargo, huir no fue la única respuesta, hubo también suicidios en masa:

Los (prisioneros) que habían quedado se desesperaron por no haber podido salvarse con sus compañeros y a la mañana siguiente aparecieron ahorcados con las cuerdas que pudieron haber con los pies, e incluso con las rodillas en el suelo y en el lastre de la nave porque no había altura bastante para que pudiesen alzarse del piso.

(**T. Todorov**, op. cit. p. 53.)

En este testimonio queda patente no sólo el horror y temor que el otro provoca, sino el rechazo de todo lo que implica, al punto que se prefiere morir a estar incluidos en un mundo nuevo y desconocido que se presenta amenazador. Esta sería la mirada del espanto frente a la imagen de un *otro* terrorífico.

Aún así, la visión y las respuestas dadas son contradictorias. Muchas veces se acercan canoas a las naves para darles la bienvenida, otras, los indígenas se muestran reticentes y huidizos ante su aparición. En ocasiones están dispuestos a prestar ayuda a los colonizadores y en otras les ofrecen feroz resistencia.

Otra de las reacciones del indio es la defensa activa a través de la lucha, con la intención de expulsar o destruir al invasor. Tenemos pruebas de muchísimos

actos de resistencia que dan testimonio de la visión que el indio va construyendo del blanco. Indican el temor y el rechazo que éste le provoca, pero sobre todo suponen un atisbo de comprensión del extranjero. Ya sabe el indio algunas de las cosas que el europeo busca y también de las brutalidades de que es capaz. No se trata de ser gentil, sumiso, temeroso, ni siquiera prudente con él, con quien nada vale. Comprenden que el *otro* es excluyente, lo que exige una respuesta de guerra total que logre aniquilarlo, expulsarlo, o al menos, impedirle una mayor penetración en su medio.

Hatuey, cacique de Haití, que se ve obligado a trasladarse a Cuba, entiende que los cristianos buscan oro *Aunque lo tengamos en las tripas, nos lo han de sacar*. Lucha y resiste durante más de tres meses. Es apresado. Antes de quemarlo le ofrecen conversión, cristianizarse. Pregunta el cacique si todos los cristianos van al cielo. Le dicen que sí. Entonces, toma la decisión de no bautizarse con tal de no encontrárselos otra vez (**J. Oliva de Coll**, 1986, pp. 40-41).

Un hecho que representa una actitud semejante por parte del indio es el protagonizado por el cacique **Guacaipuro** y que ocurrió en Venezuela: *¡Ah, españoles cobardes!... Yo soy Guacaipuro a quién tanto buscais y que nunca tuvo miedo a vuestra nación soberbia (...)*. Se lanzó contra ellos, *hirió, mató, atropelló, pisoteó no pocos enemigos. Pero cayó atravesado por una bala. Luego otras muchas lo remataron*. Cuando agonizaba exclamó: *¡Venid extranjeros! ¡Venid a ver cómo muere el último hombre libre de estos montes* (Ibid. pp.178-179).

Ambos hechos dan la visión del español como enemigo irreconciliable. Contra él, los amerindios atacan y destruyen las poblaciones de raíz, incendiándolas y matando a sus moradores, como fue el caso del contingente dejado por **Colón** en la Española, o el de la primera fundación de Buenos Aires, o el de la expedición de **Solís** en la desembocadura del Plata. Es el caso de toda la historia de la resistencia indígena a los conquistadores, desde el Caribe hasta el Cono Sur.

Sin embargo, hubo también otras miradas por parte de los indios americanos en las distintas etapas de la ocupación del continente por contingentes de europeos. El más conocido es la historia de **Malinche**, amante y traductora de **Hernán Cortés**, que representa el reconocimiento del poder de otra cultura frente a la decadencia de la propia. Prefiere el cambio, el mestizaje, la alianza, antes que la destrucción y la derrota.

Los Tlaxcaltecas tienen una actitud parecida y prefieren colaborar con los desconocidos poderosos a seguir soportando el dominio Azteca. Ven a los españoles como un instrumento de su rebelión y venganza frente a su anterior dominador. No se plantean la adopción mimética de otra cultura, sino resarcirse y beneficiarse dentro del caos creado por la presencia de los nuevos amos.

Entre los testimonios de invasores e invadidos se halla una multitud de comportamientos y matices que podían ampliar la casuística ofrecida en estas ejemplificaciones. Sin embargo, los ejemplos aquí reseñados resultan suficientes para establecer una tipología que incluye reacciones variadas y contradictorias: sorpresa, curiosidad, extrañeza, incompreensión, temor, espanto, enfrentamiento, e incluso alianza y adopción de la cultura de los vencedores.

Símbolos y significados

Lo que une a esta diversidad de respuestas es el asombro ante la presencia del extraño que resulta ser, para los indios, un *otro* excesivamente diferente. Sus comportamientos y pretensiones absolutamente incomprensibles, les toman por sorpresa.

Nadie tenía codificado cómo debía interpretar al intruso y, en consecuencia, cómo actuar frente a él. La apariencia física, los vestidos, los comportamientos, las armas e instrumentos, los animales y los símbolos de los blancos no encajan en absoluto dentro del orden simbólico de las culturas precolombinas.

Así, cada cosmogonía se vió violentada, se demostró inútil para interpretar a los extraños, se volvió una estructura obsoleta incapaz de dar respuesta a lo inusitado, a lo imprevisto. Por eso cada grupo actuó como pudo frente a la experiencia directa, dando lugar a actuaciones tan diferentes como las ya expuestas.

Las grandes culturas quedaron desarmadas en la raíz misma de su orden cósmico, sus construcciones religiosas y sociales fueron desautorizadas por no poder predecir la existencia, el comportamiento y las intenciones de los advenedizos. Por estos motivos hablamos de desconcierto, de mirada atónita. Según **Todorov**, a este mundo vuelto hacia el pasado, dominado por la tradición y el panteísmo, llega la conquista: un acontecimiento absolutamente imprevisible, sorprendente, único, a pesar de lo que puedan decir los presagios recogidos con posterioridad.

A este respecto, es muy interesante observar las actitudes de **Moctezuma** y sus adivinos en el séptimo presagio:

...pero cuando vió por segunda vez la mollera del pájaro, nuévemente vió allá en lontananza: como si algunas personas vinieran de prisa; bien estiradas, dando empellones. Se hacían la guerra unos a otros, y los traían a cuestras unos como venados.

Lo que figura cómo presagio era, en realidad, una noticia cierta. Tlaxcaltecas y aztecas ya habían dado múltiples nuevas de la presencia de extraños, de sus

venados y de sus guerras. Ante estas informaciones, lo que pide **Moctezuma** son claves para interpretar lo ocurrido y no una mera confirmación de su relato. Los sacerdotes y adivinos cuando afirman que nada vieron, estaban diciendo, en realidad, que eran incapaces de explicar aquello con sus parámetros. *Allí donde para tí mantienen vigilancia de las cosas tus abuelos, en la superficie del mar, fuémos a ver a nuestros señores los dioses dentro del agua.* **Moctezuma** escucha y dice: *nadie dirá cosa alguna, nadie abrirá los labios.*

Allí donde gobierna la tradición, *los abuelos*, ha aparecido algo que no cuadra, que no encaja en su cosmogonía. Las autoridades político-religiosas no pueden pronunciarse sobre un fenómeno que no comprenden, del que no saben decir por qué ni para qué ocurre, ni cuánto tiempo ha de durar.

Esta falta de interpretación de las jerarquías responsables del orden universal son lo que lamentan los libros mayas de **Chilam-Balam** cuando dicen:

Solamente por el tiempo loco, por los locos sacerdotes, fué que entró en nosotros la tristeza, que entró en nosotros el cristianismo.... ese fué el principio de la miseria nuestra, el principio del tributo...

(**Cronistas Indígenas**, 1972)

Traducido a nuestra forma de expresión actual, sería más o menos así: fué todo aquel absurdo para el que los estúpidos sacerdotes no dieron oportuna explicación lo que permitió el derrumbe de las costumbres, de la felicidad —lo comprensible y lo previsible— dejando que se impusiera una estructura distinta, desconocida y perjudicial para nosotros.

Así, un orden se rompió y sobrevino el caos. En este caso, como es bien sabido, el caos fué apocalíptico. Ante la carencia de instrumentos para interpretar los símbolos ajenos o el valor cultural del gesto del *otro*, se producen equívocos e incomprensiones trágicas que pueden ejemplificar muy bien las ideas y los errores de los indios con respecto a los europeos.

Una de ellas es la que se refiere a la acción heroica de **Cuauhtémoc**. Después de haber organizado una resistencia valiente decide enfrentarse al enemigo con sus mejores armas: vestido de guerrero invencible, con sus plumas de Quetzal. No entiende, no puede imaginar que para sus enemigos esos símbolos nada significan, que no tienen ningún efecto disuasorio ni provocan en ellos respeto o temor. Confundía su cosmogonía con preceptos universales compartidos por todos los humanos. Los españoles admiraron su valor, seguramente lo vieron un poco ridículo, pero no dudaron en cortarle la cabeza y colgarlo por los pies de la rama de una ceiba. Algo semejante le ocurrió al Capitán de los Mayas-Quiché, **Tecum Umán**, en 1524, muerto a manos de **Alvarado**.

Otra situación absurda, que ilustra la confusión que provoca el valor de los símbolos en distintas culturas y que tuvo consecuencias terribles para los incas, es el encuentro de **Atahualpa** con **Pizarro** y sus esbirros en Cajamarca. En reunión diplomática se exige al Inca que sea vasallo de los Reyes de Castilla y que adore al dios cristiano, *a lo que responde Atahualpa Inca y dice que no tiene que adorar a nadie sino al sol que nunca muere i sus guacas y dioses* (**Cronistas Indígenas**, 1972: **Guaman Poma**). **Atahualpa** le pregunta a **Fray Vicente** quién le ha dicho que debe adorar al dios cristiano. Este responde que lo sabe gracias a los Evangelios; que es el libro quien se lo ha dicho. El Inca toma el libro en sus manos, lo hojea, lo sacude, intenta oír, pero nada consigue: *Y dice el dicho Inca que, como no me lo dice, ni me habla a mí el dicho libro, hablando con gran majestad, sentado en su trono, y lo echó el dicho libro de las manos, el dicho Inca Atahualpa*. (Ibid.)

La reacción del Inca es totalmente lógica, lo que no sabe es predecir las consecuencias de un gesto tan natural e inocente. El libro nada significa entre sus símbolos, pero es sagrado para sus enemigos. Aquí se invierte el ejemplo de **Cuauhtémoc**, cuyos símbolos de poder (plumas y atavíos) no logran en el *otro* el efecto esperado, mientras que en este caso ignorar el contenido simbólico del libro, hacer con él un movimiento completamente intrascendente para **Atahualpa**, es declaración de guerra para los españoles, que dan la orden de ataque organizando una gran matanza en la plaza de Cajamarca y tomando prisionero al Inca.

A partir de hechos como éstos, los indios vieron en los españoles el origen del caos y del horror. Apabullados y atónitos, presenciaron la destrucción de su mundo y la condena de su cultura al ostracismo perpetuo. Percibieron al blanco como un ser extraño, incomprensible y brutal, causante de sus males, de la pérdida de sus tierras, de sus familias, de sus tradiciones, de su arte, de sus dioses... La expoliación, la lucha y el sentimiento de civilizaciones opuestas se extendió del Norte al Sur de América durante cinco siglos.

Las constantes históricas

En resumen, pueden señalarse tres grandes tendencias en los comportamientos ante el europeo: de rechazo, adopción y sumisión, tendencias que se han mantenido hasta nuestros días. El tiempo ha hecho que la imagen del blanco sea la del poderoso, sanguinario, temido, dominador de técnicas increíbles, al que había que imitar en algunos de sus gestos para obtener prestigio social o poder. Durante los s. XVII y XVIII y parte del XIX indios de todo el continente adoptan vestidos, montura, armas, bebidas y técnicas de trabajo del invasor.

La larga historia de muerte y sometimiento trajo como consecuencia la sumisión, la quiebra de la autoestima de las poblaciones amerindias. El “otro”, por el mero hecho de ser el vencedor, es a la vez el odiado y el deseado, un ser respetable inteligente, rico y poderoso, que habla castellano (*la castilla*), portugués, inglés o francés. Una salida será imitarlo, perder los rasgos de la propia identidad cultural, entre los que la lengua y la religión son claves, a fin de buscar un espacio en el nuevo orden impuesto.

En la banda opuesta, y sin embargo de modo simultáneo, la bestial imagen del invasor y de su cultura depredadora hizo resurgir, con frecuencia, la resistencia indígena durante la colonia, siendo la rebelión de **Tupac Amaru** una de las reacciones más significativas. Los criollos utilizaron el indigenismo para justificar su propia insurrección frente a la Corona española. Las independencias y los estados-nación acentuaron la marginación del indígena, perpetuando las actitudes contradictorias de rebeldía y sumisión del mundo indoamericano frente a las culturas europeas.

Las nuevas expansiones territoriales produjeron nuevos exterminios. Transformaron a los indios en campesinos o ciudadanos, manteniéndolos casi siempre en lo más marginado y bajo de la escala social. Ser indio fue para la mayoría de los nativos americanos equivalente a ser inferior, despreciable e irremediablemente pobre. Se vió al blanco como el poseedor de los valores, de la cultura, de la inteligencia y del poder. Muchos indígenas negaron su identidad para poder ascender, o al menos para no ser tratados con el desprecio habitual.

El líder indígena **Ramiro Reynaga**, *Wankar*, dice que

los blancos siempre nos vencieron usando indios engañados. Los desindianizados atacándonos esperarán ser aceptados por la minoría blanca.(...) El colonizado por fuerza ve posible lograr igualdad dentro de la administración colonial. Esta le hace creer que siendo obediente se liberará. Esta ilusión paralizante oculta la opresión racial y cultural.

(**Ramiro Reynaga**, 1989, p. 226)

Desde hace algunas décadas, las comunidades indias desde Patagonia hasta Canadá, se han organizado para protestar, para exigir derechos y, sobre todo, para restablecer la autoestima y la dignidad de sus culturas:

Nos acusarán de herejes cuando revelemos la invasión del cristianismo, de instrumento capitalista cuando marquemos al marxismo como ala izquierda de la colonización europea, de comunistas cuando nos defendamos de la voracidad del dinero, de salvajes cuando desnudemos sus ídolos europeos. (...) Ninguna idea europea nos liberará. (Ibid. p. 226)

Como se puede observar, en este planteamiento se trata de recuperar la identidad negando al *otro*. Según él, sólo sobrevivirán con dignidad si pueden excluir a la cultura que siempre los ha excluído. La cultura occidental es ajena, por eso adoptarla es inútil y perjudicial. Este pensamiento parece recuperar bajo otra luz las terribles palabras de **Chilam Balam**: *Aquellos que no puedan comprender morirán; aquellos que comprendan vivirán* (T. Todorov, op. cit. p. 85: **Chilam-Balam**).

Los indios de hoy ven al occidental como la fuente de muchos de los males que aquejan a sus comunidades y a la humanidad en general: La destrucción de las culturas y de los pueblos indígenas forma parte del mismo proceso que ha destruído y está destruyendo la vida en este planeta. Las tecnologías y los sistemas sociales que han aniquilado la vida animal y vegetal están destruyendo a la población indígena. Y ese proceso es La Civilización Occidental. *Las gentes que nos rodean parecen haberse propuesto destruirse a sí mismos, y a todo ser viviente* (**Indios Iroqueses**, 1988, p. 95).

Una lectura superficial parecería indicar que los indios han entendido al occidental, pero que retrotraen el proceso a sus orígenes. Que tratan de reconstruir la propia imágen deteriorada a partir de una crítica demoledora del otro, excluyéndolo del proceso constructivo. Parecería una postura maniquea, que reclama el retorno al pasado negando el devenir histórico, el mestizaje étnico cultural:

Lo que aquí se presenta no es menos audaz que una Cosmogonía del Mundo Industrializado (...) Es, en cierto modo el mundo moderno visto con ojos del Pleistoceno. (Ibid. p. 38.)

Sin embargo, nos engañaríamos si pensáramos que ésta es la concepción de los indios de América. El mensaje quiere ser claro y castigar al agresor occidental con sus propios recursos legales e ideológicos. Esto en sí mismo significa un gran avance en la comprensión del otro, aunque el proceso de reafirmación, resistencia o el enfrentamiento armado, se expresen de forma radical y poco matizada. Los indios de hoy exigen protagonismo:

Es común que se decida por nosotros en los problemas económicos, políticos, sociales y aún religiosos. Su conducta para ejercer la autoridad se reviste del paternalismo tradicional o francamente cuando esta se cuestiona, se revierte en todas las formas violentas y agresivas. Testimonio de esta situación son los encarcelamientos, asesinatos y despojos de que somos víctimas cuando exigimos nuestros derechos. La justicia para los indígenas es nula. Somos la parte más débil de la sociedad. (G. Bonfill Batalla, 1981. p. 373: *Carta de Pátzcuaro*)

Pero, tristemente avalados por muchísimas experiencias reales, siguen construyendo una imagen de los blancos como autoritarios, explotadores, asesinos, cínicos y paternalistas. Sin embargo, no se plantean una exclusión del otro ni el regreso al pasado:

No nos oponemos, antes lo deseamos y urgimos, a la incorporación de nuestras comunidades al progreso del país en todos los órdenes (...) queremos reforzar nuestra castellanización para consumir lecturas que nos conecten con lo más positivo de la cultura nacional e internacional y nos lleven los conocimientos para elevar la calidad del trabajo agrícola e industrial... (Ibid. p. 374)

Esto quiere decir que ven cosas positivas en la cultura de Occidente y que están dispuestos al mestizaje cultural siempre y cuando se les trate en pie de igualdad.

Aunque nos hemos centrado sobre todo en la tarea de reconstruir las imágenes que el indio pudo tener del blanco en el período de descubrimiento mutuo, y en el de conquista de los europeos, hemos querido agregar algo de la visión actual del indio: el proceso ha cambiado su mirada.

Muchas de las formas de caracterizar al *otro* parecen casi idénticas en los indios de ayer y de hoy. Ello se explica porque las relaciones de sojuzgamiento de los unos por los otros no han cambiado apenas en quinientos años. Pero el mundo de hoy permite, en gran medida, a los indios contemporáneos conocer el bagaje cultural de los blancos, lo bueno y lo malo, su historia, sus raíces y sus perspectivas.

Conclusiones

Una conclusión importante que se desprende del análisis histórico de distintas fuentes es que no existió una única visión del indio sobre el blanco. La idea que tuvieron del *otro* se fue modificando durante el proceso, generando una tipología contradictoria de comportamientos, que va desde el desconcierto ante la novedad exótica que suponen los seres desconocidos, pasando por la imagen amenazadora que despierta en el indio diversas respuestas –de huida, suicidio o lucha de resistencia– hasta las alianzas con el invasor y la adopción de la cultura de los triunfadores.

También conviene subrayar que los europeos tuvieron elementos para dibujar un *otro* preconcebido, los habitantes del reino del gran Khan. El *otro* les podía resultar repugnante, adorable, interesante, peligroso o indiferente.

Incluso les podía resultar tan extraño y distinto como suponemos que ocurrió a los indios. La diferencia es que los españoles tuvieron todas las claves del *otro* a la vista.

Después de la primera sorpresa, conocieron al *otro*, al indio en su *totalidad*, en su medio geográfico, con sus costumbres, sus construcciones, sus problemas.

Los indios que se toparon con **Colón, Cortés, Balboa** o **Alvarado** no tuvieron esa oportunidad. Tardaron mucho en interpretar al otro y lo hicieron de forma errónea o inacabada, pero no porque su cultura o su inteligencia no les permitiera comprender, sino porque sólo podían ver y tratar a individuos o grupos de los que desconocían por completo: su origen geográfico, las características de su sociedad, el aspecto de sus tierras, casas, pueblos o ciudades. No podían imaginar su historia, ni sus creencias ni sus disputas internas. Las claves de *los aparecidos* las proporcionaban su aspecto exterior y su comportamiento. Pero estos elementos son insuficientes, por lo que la previsión y el conocimiento auténtico se hace imposible. Sólo se puede hipotetizar, adivinar o actuar en respuesta a lo inmediato con criterios de protección y supervivencia.

Sabemos que eso es lo que ocurrió, pero creemos que las culturas indígenas y sus representantes –los sabios y los adivinos torpes, los **Moctezumas** dubitativos, los **Atahualpas** ingenuos, los traidores **Nicaragua** o la **Malinche**, los/las rebeldes desde **Anacaona, Guacaipuro, Cuauhtémoc...**– no lograron construir una imagen acabada del *otro*, y no lo lograron no por motivos intrínsecos de cosmogonías inmovilistas, de división política, excesiva retórica, estratificación social o vida comunal, sino por algo más sencillo y elemental: la escasez de datos.

Las culturas indígenas de América quedaron así, gravemente heridas a consecuencia de un encuentro traumático determinado por lo insólito del fenómeno y la mirada atónita de los aborígenes.

Hemos mostrado cómo la continuidad histórica de la presencia del europeo mantuvo constantes las distintas percepciones que el indio tuvo de éste desde los lejanos tiempos de la conquista. La desarticulación de las culturas indoamericanas dejó a los indios en inferioridad de condiciones, marginándolo incluso de la comprensión global del mundo blanco o mestizo.

Para bien o para mal, la modernidad ha permitido a muchos indígenas conocer las raíces y el conjunto de claves de las culturas occidentales. Hoy, las distintas comunidades indias de América se han organizado para impugnar los aspectos opresivos de la sociedad utilizando los instrumentos que les brinda la cultura que hasta el momento los excluía.

Las personas que lideran los movimientos indígenas han logrado hacerse oír en foros de las Naciones Unidas, han formado comisiones alternativas en defensa de la diversidad, del derecho a su supervivencia cultural y de la conservación del medio ambiente. Utilizan con habilidad todos los símbolos de Occidente, sin cometer los errores de **Tecum-Umán** o de **Atahualpa**.

Pruebas fehacientes de la comprensión holística del *otro* por parte de los líderes amerindios son las conquistas legales conseguidas en todos los países de América de sur a norte, la dignidad y el reconocimiento internacional logrado por **Rigoberta Menchú**, o la inteligente rebeldía de los indígenas chiapanecos de México.

Todo esto no es suficiente para lograr la justa igualdad con el *otro*, pero es el comienzo de un camino positivo que los aleja de la sorpresa y la confusión, que destierra la perplejidad excluyente en que les sumía la mirada atónita.

Bibliografía

- Anónimo** (1983) *PopoVuh*. Ed. Losada. Buenos Aires.
- Alcina Franch, J.** (1989) *Mitos y literatura maya*. Ed. Alianza. Madrid.
- Bonfill Batalla, G. et Al.** (1981) *Utopía y revolución. El pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina*. Ed. Nueva Imágen. México.
- Contreras, J.** (1988) *Identidad étnica y movimientos indios*. Ed. Revolución. Madrid.
- Cronistas indígenas** (1972) *La otra cara de la conquista. Crónicas Mayas, Aztecas e Incas*. Ed. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires.
- Galeano, E.** (1985) *Memoria del Fuego. Vol.I. Los nacimientos*. Ed. Siglo XXI. Madrid.
- Gonzalez, J., Campos, A** (1983) *Guatemala, un pueblo en lucha*. Ed. Revolución. Madrid.
- Indios Iroqueses** (1988) *Llamada vital a la conciencia. Manifiesto de los indios iroqueses al mundo occidental*. Ed. Miraguano. Madrid.
- Lehman, H.** (1960) *Las culturas precolombinas*. Ed. EUDEBA. Buenos Aires.
- Murra, J.V.** (1987) *La organización económica del Estado Inca*. Ed. Siglo XXI. México.
- Oliva de Coll, J.** (1986) *La resistencia indígena ante la conquista*. 6ª ed. Ed. Siglo XXI. México.
- Sarmiento de Gamboa, P.** (1988) *Historia de los Incas*. Ed. Miraguano-Polifemo. Madrid.
- Schwarz, F.** (1988) *El enigma precolombino. Tradiciones, mitos y símbolos de la América antigua*. Ed. Martínez Roca. Barcelona.
- Todorov, T.** (1987) *La conquista de América. La cuestión del otro*. Ed. Siglo XXI. México.
- Todorov, T.** (1993) *Las morales de la historia*. Ed. Paidós. Barcelona.
- Viñas, D.** (1978) *México y Cortés*. Ed. Hernando. Historia de América Latina, vol. IV. Madrid.
- Wankar- Ramiro Reynaga-** (1989). *Palabra India. 1492-1992. Cinco siglos de lucha Kheswaymara contra España*. Ed. Contracanto. Madrid.

REVISTAS

- Ceinos, P,** et Halli:1990. "Minorías Etnicas". *Integral Monográfico* Nº 21. Barcelona.
- Ribeiro, D:** 1985. "Indios que vi". *El Paseante*. Nº 11. Ed. Siruela. Madrid.
- Ruiz Schwarzer, M,** et Halli: 1993. "Pueblos Indígenas". *MUY Especial*. Nº 15. Madrid.